

Más allá de las palabras

Uno de los datos más sintomáticos del momento cultural español es el del renovado interés por la lectura, o la difusión renovada de los medios de comunicación escrita.

Dos ejemplos. El primero: se podría decir que semanalmente circulan un periódico o una revista. Sus orientaciones van de lo deportivo a lo político, de lo artístico al cotilleo, del humor al sensacionalismo. Sus precios y su calidad gráfica frecuentemente son muy altos, demostrando que la carestía y la calidad no están reñidas con la naturaleza real de la demanda.

Otro: nunca ha habido tantas librerías como hoy. Funcionan con los sistemas más variados. Tal vez uno de los más significativos sea el de un grupo de gente joven, estudiante o no, cuya especialización profesional se pone al servicio de una selectividad editorial que resulta económicamente.

Significan los dos que la industria de lo cultural ha sabido percibir y trata de explotar el hambre cultural de nuestros tiempos. Trata de que la novedad política, social o cultural llegue a nuestra gente de modo que no tanto se ayude a la concienciación sino sobre todo se la dirija.

Nuestra gente lee mucho más que antes. Cuando menos, consume mucha más lectura que antes. Avidamente. Porque necesita encontrar la nueva imagen, el espejo que le devuelva explícitamente ordenada la sensación de novedad que lleva dentro de sí.

Y las publicaciones van cumpliendo esa demanda transmitiendo un vocabulario nuevo, unos centros de interés nuevos, una orientación nueva de los valores y los intereses.

Este vocabulario-interés se refiere a lo social y lo político cuando habla de participación, protesta, revolución, desgaste de dirigentes, credibilidad internacional, efectividad económica, ordenación de la convivencia, partidos y antipartidos.

Se refiere a lo cultural con palabras como contracultura, utopía, liberación, intereses reales, ecología, adecuación ambiental, etc.

tenticidad artística, censura, marginación, iniciativa colectiva, mal gusto.

Se refiere a lo educativo: control, evaluación, centros de interés, cogestión educativa, comunidad de aprendizaje, sentido de un currículum, objetivos y programación, textos y antitextos, personalización, interdisciplinariedad, renovación de horarios y calendarios, iniciativa pública y privada.

Se refiere a lo religioso: carismas, secularización, religiosidad inespecífica, confesionalidad y anticonfesionalidad, definición de ministerios, concretez evangélica, compromiso, politización, métodos, simbología, manipulación, esperanza, comunión.

Bajo el cambio de vocabulario hay, cuando menos, la intención de un cambio de vida. Por eso debería notarse una correlación positiva entre la renovación de los sistemas de expresión y la de los modos de vivir, trabajar, relacionarse. En nuestro caso, con los sistemas de educación y de catequesis.

Y sin embargo, las cosas cambian demasiado lentamente. Todo el mundo habla de formas nuevas, cambia sus gestos, remodela sus hogares, hay organizaciones complejas, falta tiempo pero no reuniones. Y sin embargo nuestro espíritu sigue casi como antes; un poco inquieto o asustado tal vez, ante una novedad que les supera.

Entonces surge un interrogante simple: ¿por qué tantas veces el vocabulario no pasa de contenidos informativos sin llegar a la conformación de un sistema de vida?; ¿por qué usamos un lenguaje nuevo desde esquemas básicos anteriores o incluso sin tales esquemas?

Habrá muchas más respuestas, desde luego. Con el título de este comentario estamos señalando una de ellas: el olvido del significado real de las palabras y el refugio en su multiplicación inverificada.

En todas las épocas, como en todas las vidas, la tarea más importante consiste en encontrar el significado real de lo que vivimos y expresarlo adecuadamente. En realidad, nuestra vida no es del todo nuestra hasta que llegamos a decírnosla. En épocas como la nuestra, esto se hace mucho más urgente: hay una conciencia más o menos universal de cambio ante la que no podemos satisfacernos con casi nada del vocabulario habitual.

El vocabulario habitual nos produce la sensación de que no somos nosotros mismos quienes lo vivimos. Como si fuera algo impues-

to o por lo menos extraño y anterior a nuestra experiencia vivir. Por eso, aunque muchas veces no tenemos más remedio que vivir en su contexto, sabemos que necesitamos otro para dueños de nuestro vivir real.

Se podría multiplicar los ejemplos. Bastaría con ponerse a cribar nombres propios de maestros, catequistas, cualquier profesional de la docencia. Todos se experimentan viviendo en un vocabulario insuficiente pero inevitable; buscando uno nuevo imprescindible, extraño, violento a veces.

La verdad es que no se sabe muy bien dónde está la raíz de la conciencia: si en la realidad misma, indiscutible y probatoria de nuestra experiencia de vivir; si en el aparato propagandístico y nuevo comercio de palabras; si en los sistemas de funcionamiento de los medios de comunicación, fabricantes improvisados de criterios y estimaciones (Según su raíz, podremos hablar de conciencia auténtica o ilusoria).

La conciencia misma, de todos modos, existe. Hay un inmenso supermercado de palabras ante el que no cabe la indiferencia. Es inevitable tomar conciencia de un cierto desajuste: el mercado de las palabras actúa como un espejo para nuestras almas.

Nos lleva a la sensación, tal vez ingenua y optimista, de que todo puede ser nuevo. De que, con el diagnóstico, está garantizada la terapia. De que basta saber palabras para vivir de otro modo. Y entonces nos entregamos a un uso desmesurado de todo el vocabulario apuntado más arriba, pretendiendo cubrir con nuestra inquietud presente. Idolizamos e idealizamos las nuevas palabras: esperamos que rediman nuestra identidad y creen que ya lo están haciendo al aparecer en nuestras bocas.

Como, además, el silencio del pasado inmediato se extiende más allá de lo que muchos españoles pueden recordar, se acrecienta esa impresión robinsoniana. Se ignora, por ejemplo, que en los treinta primeros años de nuestro siglo se vivió una impresión semejante entre nosotros. En todos los órdenes que ahora se ofrecen como originales o específicos: cultural, educativo, político, incluso religioso.

Por esta falta de sentido histórico, y por no disponer tampoco de momentos para la reflexión o la verificación, absolutizamos que oímos.

Manejamos demasiadas palabras. Pretendemos disfrazar con ellas nuestra pobreza. Las convertimos en sucedáneo de un poder que no poseemos. Por eso no son eficaces.

La demasía, curiosamente, no está en la abundancia de palabra sino en su ineffectividad, en su falta de relevancia personal, en su insignificancia respecto de nuestros intereses reales. Cuando nuestra pobreza es real, nuestra palabra-poder es ficticia.

Se diría que vivimos una implícita y universal competición de palabras, cuyo ganador será no quien viva sino quien más hable. Es la nuestra una época de charlatanes: ha llegado a todos la conciencia del cambio y la posibilidad de expresarla en un código oral distinto, que puede convertirse en una insospechada fuente de poder.

En la escuela de don Milani se sabía mucho de esto. En ella se pedía al maestro que se dedicara a «enseñar lengua y nada más». Don Milani sabía que nadie es dueño de sí mismo si no es capaz de expresarse y relacionarse a través de la expresión. Por eso, porque era consciente de que todo un nuevo código expresivo había nacido, se empeñaba en que sus alumnos fueran poseedores críticos y comprometidos del vocabulario.

En otros tiempos las opresiones consistían en el silencio. Hoy, en la falsa luz de las falsas palabras y falsas conciencias. En la burocratización y en la tecnología trasplantadas a las conciencias. El opresor de hoy no se oculta. Predica y propone objetivos, habla de conciencias y participar. Pero se calla lo fundamental: las palabras en sí mismas no son fuente de conciencia y participación, porque son sólo una llamada dirigida a la vida real.

Por eso, aun dentro de la aparente democratización del vocabulario, se oculta el misterio de sus resortes. No basta hablar: hay que poseer la fuente de las palabras, porque sin ella uno queda superado por los montajes de la palabra. Sin ella puede uno entender los elementos, pero ser aplastado por el conjunto. Y eso llegando al máximo sarcasmo de creerse poseedor incluso de la estructura.

La conciencia y la participación no nacen de la posesión de un vocabulario. Nacen de la unidad entre palabra y vida. Pero si las palabras son en cambio un espejismo en el que los hombres se sienten retratados por una incuestionada virtud de lo hablado, entonces ya no hay conciencia sino alienación, no hay participación sino dirigismo.

Por eso nuestra reflexión de hoy: debemos ir más allá de las palabras ambiente y buscar las nuestras.

Eso supone huir de la erudición, de la información, del saber para alterar. Supone vivir un vocabulario llamativamente pobre, sin relieve ni solemnidad, de andar por casa.

*Necesitamos poner en correlación nuestra conciencia de v
(nuestro dolor, felicidad, ilusión, amor, trabajo, cansancio,
municación) con nuestras instituciones. Necesitamos establ
una crítica antioportunista en la que desaparezcan vocabula
de moda supuestamente actuales y supuestas reacciones hu
lo pasado.*

*Cierto que la prisa y la magnitud no son el mejor marco p
esta tarea. Ciertamente, también, que el manipulador, siempre ha
ha descubierto esto mismo y ahora ya disfraza de cotidiani
y simpleza sus falsas palabras.*

Pero hay que hacerlo.